

por 100 recibieron clase de bable. Y en el Vall d'Arán, región donde se conserva el aranés (dialecto del gascón), el 58 por 100 de los 5.000 habitantes considera que el aranés es la lengua que más utilizan en su uso diario.

El penúltimo capítulo titulado: «Los procesos de normalización» (pp. 279-307) resume datos citados anteriormente acerca del uso, leyes, extensión, conocimiento, productos culturales de cada lengua propia en el proceso dinámico de normalización de la lengua (proyecto al parecer bastante utópico). El complejo análisis empírico de esta obra no permite llegar a conclusiones simplificadas (el lector deberá necesariamente consultar las conclusiones parciales de cada lengua), no obstante algunas de las ideas generales que se desprenden de este estudio son: de un tiempo a esta parte se ha producido en los españoles un cambio de actitud hacia el plurilingüismo, de una situación de irritación se ha pasado a otra de familiaridad; el conocimiento que los habitantes de las CC.AA monolingües tienen sobre la diversidad lingüística española es muy limitado y no será fácil mejorarlo; ha aumentado en España el conocimiento de las distintas lenguas y es posible que siga aumentando en el futuro aunque con ritmos muy diversos en cada Comunidad.

En conjunto, puede decirse que la aportación de este estudio de Miquel Siguan al conocimiento de la realidad sociolingüística de España es sobresaliente, no solamente ha condensado los datos empíricos de una manera clara —con tablas sencillas de comprender— sino que ha incluido además la evolución del uso de cada lengua en los últimos años a partir de los datos existentes, principalmente censos lingüísticos y encuestas regionales. Las pautas de análisis son lógicamente similares en todas las CC.AA lo que le da al libro una estructura redundante y las introducciones históricas por lo superficial no aportan nada original al excelente análisis empírico.

University of Iceland

AITOR YRAOLA

CREACIÓN

Eduardo Mendoza. *El año del diluvio*. Barcelona, Seix Barral, 1992, 171 pp.

Las primeras líneas de este texto tienen un resabio de objeto antiguo y resonancias decimonónicas. «En los años cincuenta de

nuestro siglo vivía en la localidad de San Ubaldo de Basora (provincia de Barcelona) un hombre muy rico llamado Augusto Aixela de Collbató» (5). Tenemos un narrador omnisciente que se dirige a lectores de su propio círculo, quienes se identifican con *nuestro* siglo, y un personaje someramente identificado por su lugar, situación y nombre, todo ello con esquemática economía. La acción avanza a toda prisa, sin mayores sorpresas, y con circunstancias que con elegante armonía, si bien con escasa verosimilitud, concluyen satisfactoriamente, incluso emocionantemente, la historia. El cacique, último heredero de una tierra cultivada con esmero por seis siglos, recibe la visita de una monja, cuya visita de negocios se transforma en una apasionada relación. Augusto, cazador y coleccionista, necesita como don Juan añadir esta presa a su lista. Interviene el artificioso azar y la noche de anticipada pasión entre cacique y monja se transforma en gesta heroica, al cuidar la monja en una guarida en la montaña de un bandido quien, enamorado de ella, hace una importante donación a su obra caritativa antes de morir acribillado por los representantes de la justicia. Separados los amantes —evadido él de una relación ya fatigosa, reincorporada a sus obligaciones ella— el narrador nos lleva más allá de sus muertes para confirmar que en él la superchería persiste hasta el final, mientras que en ella pervive un amor que todo lo perdona y lo ilumina.

Mendoza ha corrido el riesgo de que algunos lectores exijan de este texto una novela, con personajes profundos, narradores polifónicos y metaficticios, diseminaciones del significante, palimpsestos arduos, parodias deconstructivas y elucubraciones rizomáticas. Pero de lo que se trata aquí es de una tradición diferente, la de una narración que los alemanes llaman *Novelle*, término que no tiene buena traducción al español, pero que ha tenido excelentes ejemplos recientes en España, por ejemplo, en *Cuestión de amor propio* de Carme Riera. Los personajes de una *Novelle* son leves, el narrador es omnisciente, la narración lineal y definida, el espacio esquemático y la acción irradia simetría y claridad. Una *Novelle* bien conseguida es elegante en su sencillez, inteligente en su austeridad, hermosa en su lenguaje. Una obra maestra de este género es *Las afinidades electivas* de Goethe, publicada en 1809.

La comparación entre *El año del diluvio* y *Las afinidades electivas* es productiva. En el texto de Goethe encontramos a un noble, Eduard, a quien su dinero, matrimonio y mediana edad han trans-

formado de militar en jardinero, llevando una vida ociosa interrumpida sólo por el cuidado de su vasto jardín y la práctica de la música con su esposa, Charlotte. En forma semejante, Augusto Aixela vigila no muy arduamente el cultivo de su finca, a cargo de un administrador avezado, y sale a cazar conejos. Tanto en Goethe como en Mendoza estamos en presencia de una clase en declive, cuyo refinamiento oculta una desorientación corrosiva. Charlotte es una mujer eficiente —es quien lleva las cuentas de la familia— determinada y absorta en las tareas de la planificación de su jardín. La monja de *El año del diluvio*, sor Consuelo, es Superiora de unas monjas que trabajan en un hospital decrépito que ella quiere transformar en un moderno asilo de ancianos. Como Charlotte, es ejecutiva y práctica. En ambos casos, la intervención de la pasión amorosa socava una tranquilidad estéril. Sor Consuelo interrumpe la placidez de Augusto, obligándolo finalmente a huir para evitar las consecuencias de sus acciones y el posible escándalo. La llegada de un viejo amigo, un Capitán, y de una sobrina, Ottilie, trae en *Las afinidades electivas* un doble desequilibrio, ya que Eduard se enamora de Ottilie (y ella de él), y Charlotte del Capitán (y él de ella, en perfecta simetría). Eduard debe abandonar su casa y su regreso trae sólo la destrucción y la muerte. En el texto de Mendoza, Sor Consuelo es enviada a otros monasterios, pero regresa también al fin a San Ubaldo, al lugar de los únicos hechos que le importan, para encontrar allí que la ciudad es diferente, que los recuerdos ya carecen de referentes reales y que el único encuentro con el amado es en la muerte. En ambos textos, el agua es un símbolo de las regiones jungianas del subconsciente, de las pasiones y las sombras que dan vida pero que amenazan también con la extinción del precario y limitado ser individual. Un lago artificial en *Las afinidades electivas* y una alberca en *El año del diluvio* ocupan un lugar de importancia en las imágenes reiteradas del texto, simbolizando acaso la tensión entre la civilización y los elementos naturales, entre las restricciones de la cultura y el poder de las pasiones. La *Novella* se presta especialmente al planteo de este conflicto, ya que el aparente dominio del narrador y la luminosa y ordenada claridad de la anécdota que se cuenta hablan del mundo racional y el refinamiento de una vida decantada por la labor de innumerables generaciones, mientras que el mundo que se despliega es uno en el que triunfa el desorden, las tinieblas y la muerte. La serena mirada con la que el narrador contempla la catástrofe

de la cultura que lo constituye tiene una sublimidad modesta, prudente, que hace que ni Goethe ni Mendoza toquen los extremos del sarcasmo o el lamento, iluminando el texto más bien con una sonrisa melancólica. El mundo que describe Goethe había sido visitado por la revolución francesa y los jardineros de Eduard habían aterrado a los nobles de Europa. El San Ubaldo de Mendoza ha perdido sus caciques agrarios y ha degenerado en suburbio indiferente. La *Novella* contiene una nostalgia atemperada por la conciencia de que el pasado no era mejor para todos aunque contuviera también para algunos dignidad, pasión y belleza. De ahí la fuerza de una narración tan escueta como *El año del diluvio*, pues tiene la alusión mágica de la hoja seca de un verano memorable, una hoja de la cual no queda sino la nervadura y los recuerdos que evoca.

Washington University in St. Louis

RANDOLPH D. POPE

Luis Mateo Díez, *El expediente del naufrago*, Madrid, Alfaguara, 1992, 331 pp.

El expediente del naufrago es la novela más compleja y difícil de las cuatro que componen la importante obra de Luis Mateo Díez. Pero esta novela exige un lector cuidadoso, experto, y diría que respetuoso, que debe poner en la lectura tanto esmero y vigilancia como el novelista ha puesto en su elaboración. Fermín Bustarga, protagonista y narrador de la obra, indica al comienzo uno de los hilos importantes que la componen: «De todo guarda el Archivo memoria, pero pocos son los recuerdos que se pueden rescatar» (11). Fermín trabaja en el Archivo municipal de una dormida ciudad de provincias y en ese Archivo descubre un día un mensaje que Alejandro Saelices, poeta de juegos florales y antiguo empleado del Archivo, ha dejado escondido entre unos legajos. En ese mensaje Saelices confiesa que, junto a su obra «floral» (p. 20) de concursos oficiales, tiene una obra «verdadera,» secreta, mucho más profunda, que él ha escondido al azar entre los legajos del archivo por creer que la mejor forma de perfección es el olvido (p. 21), aunque en el mensaje Saelices da instrucciones para encontrar uno de sus poemas. Fermín, también él poeta, emprende una doble búsqueda, de la obra (verdadera) y la persona de Saelices a tra-